

Proyectos de independencia para un mundo dependiente: las trayectorias de emancipación de los jóvenes rurales

Luis Camarero Rioja*

Cuando hablamos de jóvenes rurales inmediatamente surge la cuestión acerca de las diferencias de éstos respecto a sus homónimos urbanos. Es sintomático que dicha pregunta no surja a la inversa cuando nos referimos a la juventud urbana. De hecho esta última parece encarnar la propia idea de juventud hasta el punto en que en ciertos contextos se utilizan como sinónimos joven y urbano (cuando nos referimos a moda urbana y juvenil por ejemplo), mientras que lo viejo se asocia a lo tradicional y rústico. Sin embargo, jóvenes rurales y jóvenes urbanos, tanto da que da lo mismo, son ante todo jóvenes y, como jóvenes, en lo que se refiere a sus proyectos vitales, no tienen por qué ser distintos. Unos y otros comenzarán como adolescentes y llegaran a ser adultos. Lo que aquí contaremos es cómo es el proceso de emancipación e independización en función del hábitat.

Y es que aunque no haya dos juventudes distintas, sino una sola, no por ello es lo mismo vivir en un entorno rural que un entorno urbano. En las líneas que siguen atenderemos precisamente a la incidencia que tiene el hábitat en cuanto entorno social en las trayectorias personales. En primer lugar, retomaremos el valor que las diferencias de nivel educativo han tenido en estas trayectorias. No podemos olvidar que el acceso a la formación ha orientado durante los últimos años del siglo pasado las estrategias migratorias. En segundo lugar, observaremos cuál es la posición de la población joven en el contexto de la población rural. No se pergeñan de la misma forma los proyectos vitales si se es joven en un mundo joven que cuando se es joven en un mundo anciano. Y, para finalizar observaremos los últimos datos que nos permitan destacar las actuales tendencias en los procesos de independización y emancipación juvenil.

Causas clásicas para ser distintos: niveles formativos

En el mundo actual la juventud es un periodo de la vida que, comparativamente con otras épocas y lugares, resulta temporalmente amplio. Es un estadio vital *sandwich* situado entre la adolescencia y la adultez. El paso ritual para convertirse en adulto se ha transformado en un recorrido de varios años de duración entre el estudio y el trabajo, y entre el domicilio paterno y la vivienda compartida, para alcanzar de forma desigual la emancipación residencial y económica (sin necesidad ya de vincularlo a un proyecto familiar).

Aunque tradicionalmente la emancipación juvenil ha sido más temprana en las áreas rurales que en las urbanas (CAMARERO, 2000), como se desprende de la *Encuesta de Juventud Rural* (GONZÁLEZ; GÓMEZ, 2002) hay una progresiva convergencia en las trayectorias de emancipación e independización de jóvenes rurales y urbanos. Este estudio también señalaba que las diferencias observadas en el proceso de emancipación afectaban sobre todo a ellos, los jóvenes, mientras que ellas, las jóvenes, mantenían trayectorias semejantes. Estas diferencias por género y hábitat guardaban relación con las diferencias en niveles educativos.

Las diferentes velocidades o edades en las que se alcanza la independencia serían resultado de una integración más temprana en el mercado laboral y por tanto de un menor recorrido educativo de los jóvenes rurales, que optarían en mayor medida por el trabajo frente a los estudios, de forma inversa a

* Catedrático de Sociología en el Departamento de Teoría, Metodología y Cambio Social de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Su actividad investigadora ha estado centrada en el análisis de las poblaciones y espacios rurales. Recientemente ha coordinado la obra colectiva: *La población rural de España: de los desequilibrios a la sostenibilidad social* (CAMARERO, 2009). En la actualidad dirige varios proyectos de investigación sobre el impacto que la movilidad tiene el funcionamiento cotidiano de las áreas rurales.

como lo hacen los jóvenes urbanos. Por el contrario, las jóvenes rurales pondrían el acento en la adquisición de mayores niveles educativos y en esa medida se igualarían, o mejor dicho, no presentarían diferencias con las jóvenes urbanas. Ellas, en definitiva, apuestan por la formación y retrasan su incorporación al mercado de trabajo.

La orientación formativa de los jóvenes rurales implicaba por lo general el abandono de los núcleos rurales. Muestra de ello es que a la vez que las mujeres rurales han elevado progresivamente sus niveles educativos también se constata una mayor emigración femenina. Este desequilibrio, que haya en las edades centrales menos mujeres debido a una mayor emigración, se conoce como masculinización rural.

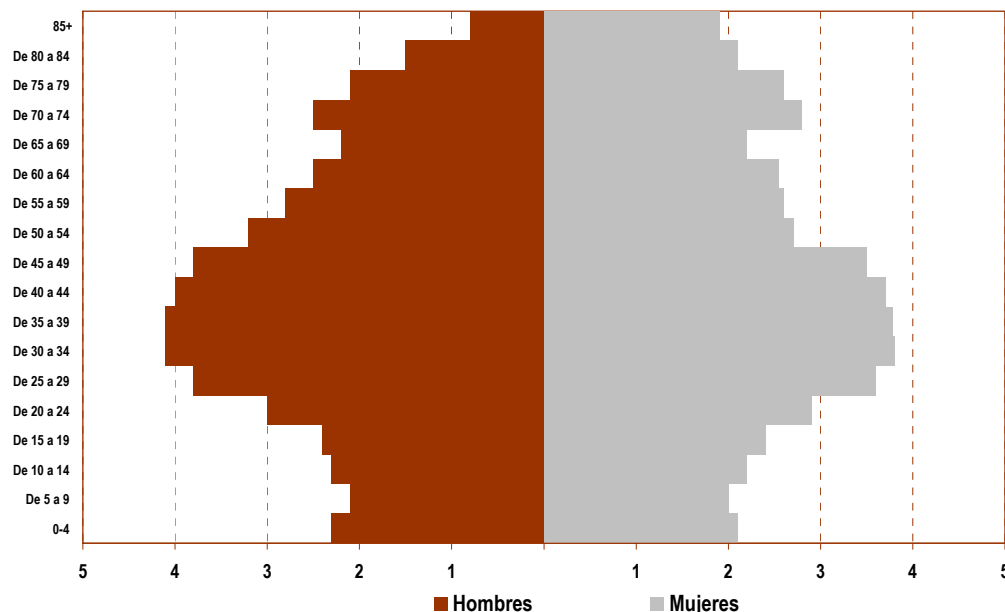
Los trabajos más recientes (CAMARERO; SAMPEDRO, 2007; SAMPEDRO, 2008) han revisado la incidencia de las estrategias educativas en los proyectos migratorios. El resultado ha sido muy distinto al que se venía considerando. El trabajo realizado por Sampedro sugiere que los altos niveles formativos y de cualificación de las mujeres refuerzan actitudes previas hacia el arraigo. El capital cultural permite a las mujeres construir sus proyectos vitales en el pueblo de acuerdo a sus expectativas. Básicamente estos trabajos señalan que el alto nivel formativo no implica necesariamente desarraigo. Dentro del marco de posibilidades que ofrece el *commuter* (el desplazamiento diario para trabajar fuera de la localidad) son ahora los niveles educativos bajos los que inciden en mayor medida en los procesos de desarraigo femenino, dadas las comparativamente condiciones altamente precarias de los mercados de trabajo rurales descualificados. Es decir, el papel de la formación ha variado radicalmente, ya no es un mecanismo de expulsión de las áreas rurales sino un elemento fundamental de valoración de lo local.

La cambiante relación de la juventud con la comunidad

Los datos anteriores nos llevan a considerar que la tradicional dicotomía que se establecía entre estudio o trabajo, que adquiría tintes de interrogante vital, pierde fuerza en la modelación de las trayectorias vitales de los jóvenes. En la medida en que rurales y urbanos, especialmente los jóvenes se aproximan en sus estilos de vida, el hábitat como entorno social adquiere una mayor presencia. Es decir los jóvenes rurales y urbanos se harán más parecidos, pero las relaciones de los jóvenes con otras generaciones cambiarán, algo que resulta más patente en las áreas rurales. En cierta medida la duración más o menos larga, más o menos corta, del tránsito que es la juventud va a estar en relación con el peso que los grupos en edad joven van a tener en el conjunto de la sociedad.

En este sentido, de sucesión generacional, tiene una especial importancia las relaciones entre generaciones como resultado de su distinto peso demográfico. En el caso que nos ocupa, en las áreas rurales, respecto a otros momentos históricos, resulta relevante la posición que ocupan los jóvenes en la propia estructura demográfica y de clases de edad. Como es sabido el medio rural tiene una configuración particular en la composición de generaciones (es una población sobrevenjecida) y en la propia proporción por sexo (hay una importante masculinización en las edades centrales).

Gráfico I. Los jóvenes en el conjunto de la población rural (municipios menores de 10.000 habitantes). 2007

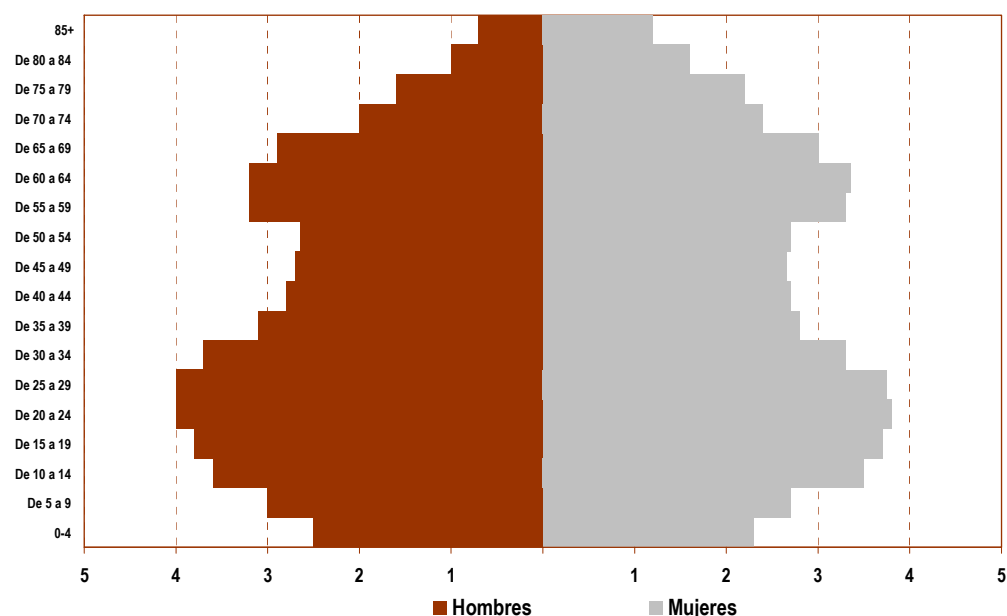


Fuente: INE. Padrón municipal de habitantes 2007.

En la actualidad podemos observar que el peso de los jóvenes es reducido (*Gráfico I*). Los jóvenes rurales son un 18% de la población mientras que los mayores de 65 son el 21%. Pero no sólo es que el envejecimiento haya minimizado el volumen de las generaciones más recientes, sino que en relación con las generaciones adyacentes los jóvenes han reducido también su presencia. Los jóvenes actuales ven eclipsada su importancia numérica por la generación inmediatamente superior de quienes se han adentrado en la treintena. Este hecho, que los jóvenes sean pocos y cada vez menos aunque no sea exclusivo de las áreas rurales, resulta relevante por el importante cambio que produce en la población rural.

Obsérvese que, al contrario de ahora, a finales del siglo XX los jóvenes tenían un peso demográfico destacado (*Gráfico II*). El hecho de que hoy sea una generación reducida eclipsa también el protagonismo social y cultural que imprimían los jóvenes a las poblaciones rurales. Recordemos que una de las bases tradicionales de la subsistencia rural eran las actividades de carácter familiar. La organización familiar que caracterizaba el trabajo agrícola, o distintos negocios familiares, es una forma de organización económica que sufre por la descompensación entre generaciones. Los negocios familiares se soportan en la medida en que hay renovación. Sin embargo ahora, al comienzo del siglo XXI las áreas rurales se enfrentan a una nueva situación, los jóvenes (como categoría) por primera vez en la historia han dejado de ser un grupo mayor que los antecesores.

Gráfico II. Los jóvenes en el conjunto de la población rural (municipios menores de 10.000 habitantes). 1991



Fuente: INE. Censo de Población 1991.

A este ocaso de los jóvenes contribuye el tradicional éxodo juvenil. De hecho, como muestran los datos, al llegar a los 30 años se han ido uno de cada cinco nacidos rurales y una de cada cuatro nacidas en municipios rurales (*Tabla I*). La pérdida de jóvenes es causada también por la merma de generaciones anteriores que además han reducido su fecundidad.

Tabla I. Nacidos rurales que permanecen en el medio rural (municipios menores de 10.000 habitantes). 2001

Edad	Hombres	Mujeres
10-14	90,1%	90,0%
15-19	87,8%	87,2%
20-24	85,8%	83,7%
25-29	78,9%	74,6%
30-34	68,0%	62,5%

Fuente: INE. Censo de Población 2001.

Estamos ante una situación de pocos jóvenes en un contexto de fuerte envejecimiento. El hecho de que el grupo de 15 a 30 años no destaque en tamaño señala que las sociedades rurales agotan sus reservas demográficas. Durante los próximos 30 años quienes se vayan haciendo adultos serán cada vez menos; esto significa que la presión sucesoria se reduce drásticamente a corto y medio plazo. Es otro factor que contribuye al ocaso de las actividades familiares que han caracterizado las formas de organización económica de las áreas rurales a la vez que ahora modifica también la propia percepción de las localidades rurales como comunidades. Las funciones tradicionales (aquellas que simbólicamente correspondían al grupo de quintos) tienen que ser desarrolladas por otros grupos de edad.

El proceso de emancipación juvenil

Esta desigual relación que se da entre generaciones en las áreas rurales se transmite y condiciona el propio proceso de emancipación juvenil y también el subsecuente proceso de formación de nuevas familias. Para situarnos en el momento actual utilizaremos los últimos datos disponibles procedentes de las encuestas del Instituto de la Juventud de España (INJUVE)¹ en 2009 y analizaremos dos indicadores: la emancipación, entendiendo esta como la residencia fuera del hogar paterno de origen, y la autonomía económica, entendida esta como la capacidad de vivir fundamentalmente de los ingresos propios. Evidentemente, emancipación y autonomía llevarán a la situación de independencia (cuando reside fuera del hogar y se es autosuficiente económicamente).

Como podemos apreciar (*Tabla II*), hoy en día por lo general los jóvenes rurales residen en mayor medida con sus familias de origen que los jóvenes urbanos. Este hecho responde a distintas causas. Por una parte, podemos observar que los rurales viven más con sus familias en la medida en que comparten menos viviendas, lo que comúnmente se conoce como “piso de estudiantes”. En el medio rural el parque de vivienda en alquiler es más reducido. Pero también, por otra parte, la vivienda compartida tiene relación con el cambio de residencia desde las áreas rurales a las áreas urbanas. Es decir, los jóvenes rurales viven más con sus padres porque el proceso de emancipación puede estar ligado a su vez a un cambio de lugar de residencia.

Tabla II. Formas de residencia de los jóvenes. 2009

	Rural		Urbano	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
En el domicilio de la familia de origen	71,6%	61,0%	65,3%	58,0%
En un hogar propio, independiente de la familia de origen	24,0%	33,8%	24,9%	33,5%
Compartiendo vivienda con otras personas	4,5%	5,2%	9,8%	8,5%
TOTAL	100%	100%	100%	100%
(n)	(313)	(287)	(1183)	(1126)

Fuente: elaboración propia a partir de los *Estudios* del CIS 2818 y 2822.

Para analizar el proceso de emancipación debemos utilizar una edad final como punto de referencia. Así, si nos fijamos en los que están entre 28-29 años observamos claramente que los jóvenes rurales se han independizado menos (*Tabla III*). El 62,5% de los jóvenes rurales se ha emancipado a esa edad y, por tanto, el 37,5% de ellos sigue a esa edad viviendo con sus padres mientras que en las áreas urbanas sólo lo hace el 29%.

A estas diferencias se llega a pesar de que el proceso de emancipación residencial de jóvenes rurales o urbanos resulta similar (*Gráfico III*). Ambos grupos siguen una trayectoria progresiva y lineal que podemos considerar paralela al menos hasta el grupo de 24-25 años donde las tasas de emancipación no ofrecen diferencias de relevancia. Sin embargo en las edades superiores, mayores de 25 años, la emancipación urbana alcanza valores que se distancian de forma significativa de las tasas de emancipación rural para esas edades. Considerados los datos desde la perspectiva inversa, los no emancipados, la proporción de este colectivo en las áreas rurales resulta elevado, casi un 40% de quienes comienza la treintena sigue viviendo con la familia de origen, mientras que en las áreas urbanas la cifra se acerca tan sólo a la cuarta parte.

¹ El *Sondeo sobre la juventud 2009* fue realizado en dos oleadas por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Los datos aquí utilizados proceden del tratamiento conjunto de las dos oleadas (*Estudios* CIS 2818 y 2822). En total se utiliza una muestra de 600 entrevistas a jóvenes entre 15 y 29 años de residentes municipios menores de 10.000 habitantes.

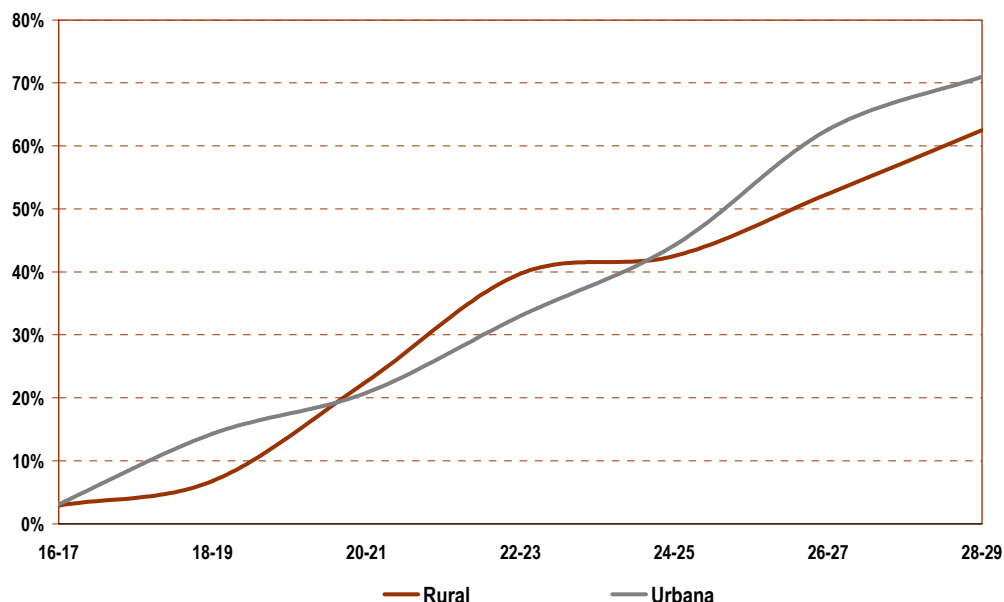
Tabla III. Tasa de emancipación residencial. 2009

Edad	Rural	Urbana
16-17	2,9%	3,1%
18-19	6,8%	14,3%
20-21	22,6%	20,8%
22-23	39,7%	33,0%
24-25	42,5%	44,2%
26-27	52,4%	62,6%
28-29	62,5%	71,0%
TOTAL	35,1%	39,9%

Nota: residen fuera de familia de origen.

Fuente: elaboración propia a partir de los *Estudios* del CIS 2818 y 2822.

Gráfico III. Tasa de emancipación residencial. 2009



Nota: residen fuera de familia de origen.

Fuente: elaboración propia a partir de los *Estudios* del CIS 2818 y 2822.

La figura anterior (**Gráfico III**) indica que a partir de los 25 años se frena, comparativamente, el proceso de independización residencial por parte de los jóvenes rurales. Una primera explicación nos la ofrece la trayectoria hacia la autonomía económica. Como podemos observar los jóvenes rurales consiguen un poco antes la independencia económica que sus coetáneos urbanos (**Tabla IV** y **Gráfico IV**). Sin embargo, a mitad de la veintena pierden autonomía. Es decir, si bien los rurales empiezan antes su proceso de independización económica, ésta progresivamente les cuesta más. Es importante señalar que este fenómeno resulta nuevo respecto a los datos anteriores. Incluso se observa que la autonomía no es acumulativa, hay menos autónomos entre 28-29 que entre 26-27. La causa es una caída relativa en la ocupación, caída que tiene que ver con la emigración en mayor intensidad de aquéllos más cualificados y con el crecimiento en proporción de la inserción laboral en contextos familiares, situación que implica una merma de autonomía económica a nivel individual.

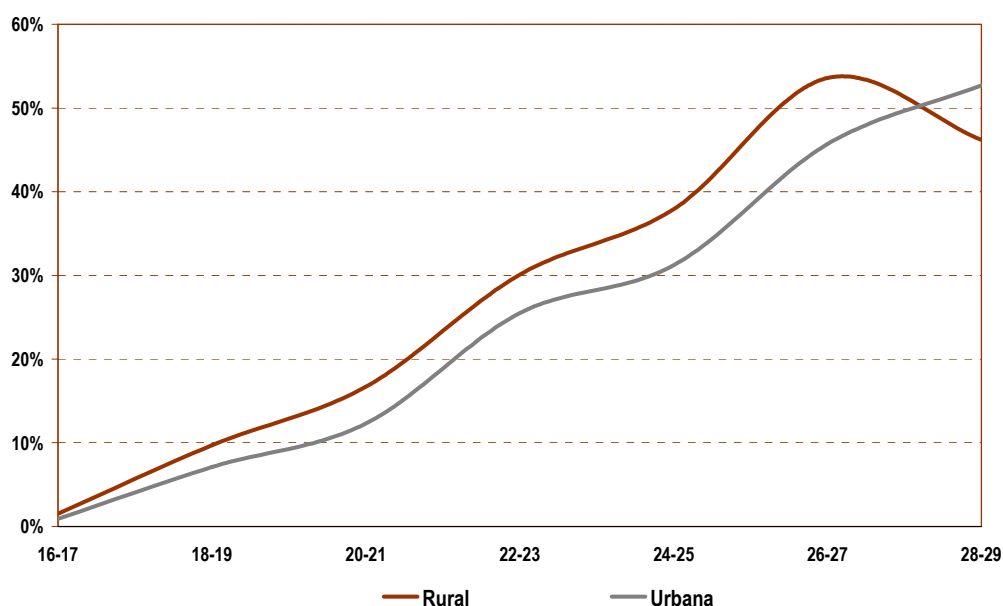
Tabla IV. Tasas de autonomía económica. 2009

Edad	Rural	Urbano
16-17	1,5%	0,9%
18-19	9,7%	7,1%
20-21	16,7%	12,3%
22-23	30,1%	25,5%
24-25	37,9%	31,2%
26-27	53,6%	45,7%
28-29	46,2%	52,7%
TOTAL	29,7%	28,3%

Nota: viven total o principalmente de sus ingresos.

Fuente: elaboración propia a partir de los *Estudios* del CIS 2818 y 2822.

Gráfico IV. Tasas de autonomía económica. 2009



Nota: residen fuera de familia de origen.

Fuente: elaboración propia a partir de los *Estudios* del CIS 2818 y 2822.

Si reconstruimos la evolución durante la última década podemos observar que durante los primeros años de este siglo la emancipación juvenil ha ido adelantándose en la edad a la que se produce la misma. Comparativamente los datos muestran que los jóvenes se enfrentan hoy a la treintena residiendo fuera del hogar paterno con mayor intensidad que hace una década (*Tabla V*). Las diferencias en este tiempo son grandes, [“pero” en lugar de “estas diferencias”] son aún más acusadas en las áreas urbanas. A punto de entrar en la tercera década de la vida, ahora son los jóvenes urbanos quienes más se han independizado residencialmente, rompiendo la tradición de una emancipación rural más temprana².

² No obstante téngase en cuenta que los datos anteriores no incluyen los efectos que haya podido tener la actual crisis económica. En este sentido conviene tener presente que algunos informes han destacado (OBJOVI, núm. 31) que se aprecian síntomas de una vuelta a residir en la familia de origen.

Tabla V. Comparación de las tasas de emancipación del grupo 28-29 años

	Rural	Urbano
1998	57,9	56,7
2009	62,5	71,0

Fuente: elaboración propia a partir de los *Estudios* del CIS 2302 (datos de 1998), 2818 y 2822 (datos de 2009).

Los cambios que estamos señalando son de calado, hasta el punto que indican una inversión de la situación rural respecto a la urbana. Ahora la emancipación se hace más difícil en las áreas rurales. Todos estos cambios podemos comprenderlos mejor si centramos la observación nuevamente en las edades 28-29 años. La **Tabla VI** mezcla las dos dimensiones contempladas (emancipación residencial y autonomía económica) de forma que nos permite observar las situaciones de independencia y dependencia así como los casos intermedios.

Tabla VI. Tipología de jóvenes según la emancipación residencial y la autonomía económica

		Emancipación residencial	
		+	-
Autonomía económica	+	Independiente	Autónomo hogareño
	-	Emancipado Dependiente	Dependiente

Fuente: elaboración propia.

Los jóvenes rurales independizados (quienes residen fuera del hogar familiar y son económicamente autónomos) no llegan a la mitad (**Tabla VII**). Los urbanos por el contrario superan en más de 13 puntos la situación de los jóvenes rurales. La diferencia que explica la situación es el grupo de autónomos hogareños (el constituido por aquéllos que teniendo suficiencia económica residen en el hogar original). Casi la tercera parte de los rurales con 28 y más años están en esta situación.

Tabla VII. Situación de independización de los jóvenes entre 28 y 29 años. 2009

	Rural	Urbana
Independiente	44,7%	57,9%
Autónomo hogareño	30,1%	19,1%
Dependiente	6,8%	9,8%
Emancipado dependiente	18,4%	13,3%
TOTAL (n)	100% (103)	100% (430)

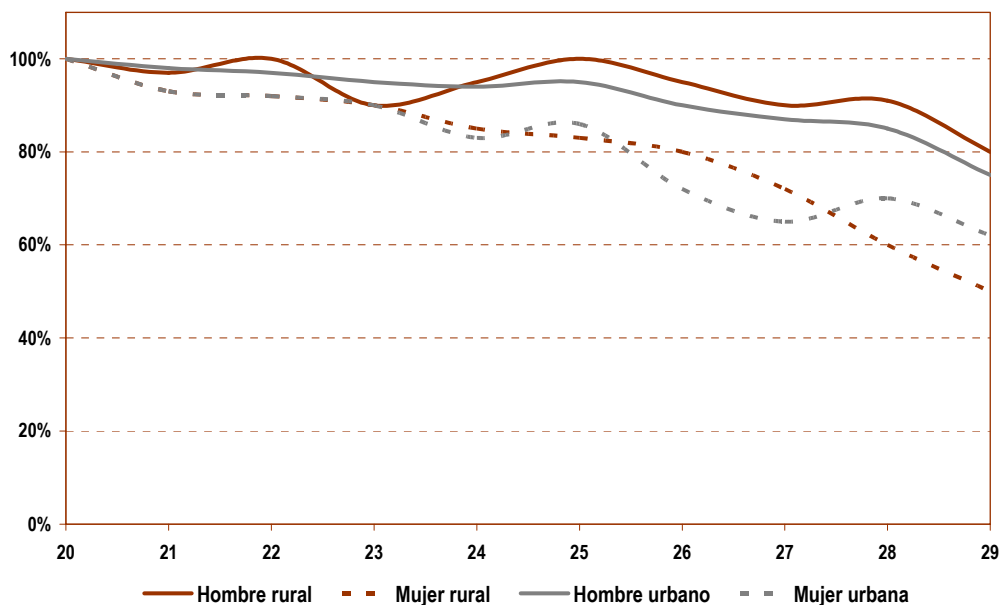
Fuente: elaboración propia.

No obstante no hay grandes diferencias en la categoría de dependientes, aquellos que siguen viviendo con la familia de origen y no tienen la mínima autonomía financiera. El grupo de dependientes emancipados, aquéllos que no residen en el domicilio familiar pero que tampoco tienen ingresos propios suficientes es ligeramente más alto en el medio rural. Este grupo se compone fundamentalmente de mujeres y el análisis de esta situación (parte de ellas son parejas en situación de inactividad, y otra parte son residentes en pisos de estudiantes) supera el ámbito de esta nota exploratoria.

Resumiendo la situación, observamos que los rurales siguen siendo más precoces en encontrar la autonomía, pero posteriormente sus aspiraciones terminan frenándose en parte por unos ingresos finalmente más insuficientes respecto a los urbanos, y en parte por las mayores dificultades de encontrar vivienda, y tal vez actividad, fuera del ámbito familiar. El medio rural es restrictivo en cuanto oferta residencial y laboral. Pero el medio rural resulta también restrictivo en cuanto mercado

matrimonial. No podemos olvidar el panorama de elevada masculinización rural motivada por la sobre-emigración femenina (como pudimos comprobar en la **Tabla 1**), situación que produce fuertes desequilibrios en la composición por sexo de las poblaciones. La masculinización rural dificulta las relaciones de pareja, de hecho como puede observarse (**Gráfico 5**) mientras que en el medio rural en las edades más cercanas a la treintena las mujeres viven en pareja, con más intensidad que las urbanas, la situación de los hombres es inversa, domina la soltería. Las dificultades para encontrar pareja implican, en contextos locales, una menor emancipación.

Gráfico V. Proporción de jóvenes que no residen en pareja



Fuente: elaboración propia a partir de los *Estudios* del CIS 2818 y 2822.

El reciente estudio *La población rural de España* ha mostrado la particular configuración de las estructuras familiares en las áreas rurales (CAMARERO [et al.], 2009). Uno de cada seis habitantes rurales de entre 30 a 50 años vive con la familia paterna sin haber formado una familia propia ni tener tampoco pareja. Las formas familiares rurales son el resultado de interiorizar en el seno de los grupos domésticos los importantes desequilibrios demográficos como forma de conciliar las situaciones de fuerte dependencia de unas poblaciones envejecidas sobre una generación soporte que concentra la vitalidad de la población rural. Lo que estamos ahora observando en las áreas rurales, la importancia creciente que los jóvenes económicamente autónomos tienen en el interior de las estructuras familiares de origen, es uno de los pilares en los que se soporta un mundo con pocos jóvenes y muchos ancianos.

La alargada juventud rural

Asistimos a una serie de fenómenos que están cambiando la relación y el papel de los jóvenes en el entorno rural. Por primera vez los jóvenes no son numéricamente una generación que destaque (tienen menos peso que los ancianos y son ya incluso menos que la generación inmediatamente superior). El carácter comunitario y familiar que caracterizaba a las sociedades rurales definitivamente desaparece. La presión que en la búsqueda de subsistencia y oportunidades de vida pueden llevar a cabo las nuevas generaciones se relaja hasta el punto en que no hay capacidad sucesoria. Los jóvenes asisten a un mundo que les demanda pero que ellos ya no demandan.

La dicotomía estudios frente a trabajo pierde capacidad para orientar las trayectorias vitales a la vez que la precocidad que los rurales tenían para independizarse resulta ahora un freno. Los ingresos decrecientes de los jóvenes y la falta de mercados de vivienda contribuyen a que finalmente los jóvenes urbanos, en un entorno residencial más plástico y con menos cargas familiares consigan finalmente ser más independientes que los rurales. Éstos, los rurales orientan sus proyectos vitales de

forma que consigan el equilibrio entre la independencia económica y la dependencia familiar. Ello implica independizarse pero en el interior de la familia, una forma de alargar la juventud.

Bibliografía

CAMARERO, L. "Jóvenes sobre la tierra y el asfalto" EN: *Revista de Juventud* (2000), núm. 50; 63-83.

CAMARERO, L.; SAMPEDRO, R. "Mujeres empresariales en la España rural. El sujeto pendiente del desarrollo". EN: *Revista Internacional de Sociología* (2007), núm. 48; 121-146.

CAMARERO, L. [et al.]. *La población rural de España*. Barcelona: La Caixa, 2009.

GÓMEZ, C.; GONZÁLEZ, J.J. *Juventud Rural 2000*. Madrid: Instituto de la Juventud de España, 2002.

SAMPEDRO, M.R. "Cómo ser moderna y de pueblo a la vez: los discursos del arraigo y del desarraigo en las jóvenes rurales". EN: *Revista de Juventud* (2008), núm. 83; 179-193.